

## Función liberadora de la filosofía

ELLACURÍA, I. (2005). *VEINTE AÑOS DE HISTORIA EN EL SALVADOR (1969-1989)*.

SAN SALVADOR: UCA EDITORES. PÁGS.: 93-121

CUARTO RESUMEN

AMPARO MARROQUÍN PARDUCCI

*El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia ( ) sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, ( ) a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se permanece como "especialista" y no se llega a ser dirigente.*

*Antonio Gramsci (Cuadernos IV, p. 382).*

El texto de función liberadora de la filosofía fue publicado en ECA en 1985, en un momento en que la guerra parecía continuar durante mucho tiempo más. En él, me parece que Ignacio Ellacuría se sitúa con una contundencia y claridad ancladas en su propio proyecto y compromiso intelectual. En este sentido, es un texto que se disfruta, pero que al mismo tiempo reta, cuestiona, incomoda. Porque vuelve inevitablemente a la pregunta sobre cómo y desde dónde construye

cada quien su ejercicio intelectual, y estos tiempos de globalización y consumismo fácil nos llevan a una especie de ejercicio del hedonismo, incluso en ámbitos como el académico, donde, como han señalado algunos, señalo tres puntos que me parecen muy concretos y que ya se viven en las academias de nuestro país: la tentación de convertirse en un académico al servicio de *proyectos de investigación financiados por la cooperación internacional*, donde los trabajos parten de categorías pre-

establecidas por los intereses de los financiadores. Segundo, la tentación de convertirse en un académico que se dedica al *turismo intelectual*, esto es, que no busca y se compromete con un campo de investigación, con un proyecto que se ancla en colectivos sociales, sino que aprovecha la menor oportunidad para conocer nuevos ambientes y que va de congreso en congreso, reciclando ciertos temas. Y, finalmente, esta tentación que siempre ha existido de anclarse en una discusión *puramente especulativa, conceptual*, que, si bien puede resultar exótica e interesante, no implica al sujeto y la sociedad en procesos de transformación hacia una vida más humana.

Leer el texto de Ellacuría es también recordar ese otro momento histórico, en el que las utopías tenían un sentido mucho más concreto y anclado, y en los compromisos se jugaba no un trabajo, sino la vida. Su trabajo busca rastrear el aporte de la filosofía a la libertad, pero no de manera puramente especulativa. Lo hace desde una doble constatación. Primero, la situación concreta de opresión y represión que vive buena parte del continente latinoamericano; estos hechos eran justificados y legitimados desde narrativas y discursos filosófico-ideológicos. Segundo, la constatación de que en el continente americano, si bien se han producido narrativas originales en el arte, la economía y la teología, no se ha construido una filosofía propia que salga de esta realidad y presente una visión críti-

ca y liberadora de lo que se vive. Su trabajo, pues, intenta presentar “qué función liberadora le corresponde a la filosofía aquí y ahora para, sin dejar de ser filosofía, antes reconstituyéndose como tal, ser realmente eficaz a la hora de liberar no a unas pocas élites ilustradas, sino a la totalidad de la cultura y a la totalidad de las estructuras sociales”. Planteamiento ilustrado porque no niega la utopía y concibe que, en los procesos de la liberación, el intelectual tiene un papel fundamental, pero que al mismo tiempo va más allá, pues plantea la liberación con claridad no para un grupo de élites, sino para la totalidad de la cultura y las estructuras sociales. Para ello, Ellacuría dirá que hay que rescatar dos ámbitos: la filosofía que tiene en sí misma una función crítica y una capacidad creadora.

En la reflexión sobre la función crítica, Ellacuría se detiene en el problema de la ideología. Su visión de ideología destaca el ámbito más negativo de esta, la ideología es un fenómeno *ambiguo*, pero interesa destacar estos procesos de *encubrimiento*, de ideologización, que enturbian la realidad, la oscurecen, la filosofía entonces tiene la posibilidad de construir fundamentos sólidos. Y esta es una visión política que busca deconstruir, desenmarañar, desenmascarar estas posturas preestablecidas que contribuyen a esa realidad de explotación, de opresión y represión y construir una *fundamentalidad crítica*.

En la función creadora de la filosofía, Ellacuría apostará por la construcción de un nuevo discurso, una nueva narrativa que nombre la realidad, a partir de esta crítica. El trabajo del intelectual no termina en la mera crítica negativa sino en propuestas concretas: “Se critica desde algo y se critica para algo”, sin embargo, y esto es lo que me parece el aporte más interesante y retador de la propuesta, no se trata simplemente de construir un discurso, un nuevo análisis crítico y liberador: “El trabajo filosófico debe acompañarse teóricamente de una determinada praxis, hasta convertirse en la teoría refleja y crítica de esa praxis”. La relación teoría-praxis es fundamental, no se trata de un simple hacer, o de una teoría cualquiera, Ellacuría hace un esquema fundamental:

Se trata de contar con una teoría de la inteligencia y del saber humano que dé cuenta de las posibilidades y límites del saber humano mismo.

Es necesario conseguir una teoría general de la realidad.

Es fundamental una teoría abierta y crítica de hombre, de la sociedad y de la historia, como conjunto pero también como realidades separadas.

Una teoría que fundamente racionalmente la valoración adecuada del hombre y de su mundo.

La reflexión filosófica debe construir una reflexión sobre la ultimidad y sobre lo trascendente.

Ellacuría insistirá en que el proceso de una filosofía liberadora abarcará la reflexión de estos cinco puntos, pero no solo desde una crítica sino desde la construcción y elaboración de respuestas propias y ancladas en la realidad latinoamericana del momento. Aquí aclara que la filosofía “no desempeña su función liberadora de la misma forma en distintos lugares y tiempos”. Su filosofía se entiende, pues, anclada. Otro aspecto fundamental es que esta liberación no se construye solo desde la filosofía, se construye en conjunto, desde un contexto, desde una *praxis liberadora*. Sobre todo, no se puede construir una praxis liberadora sin tomar en cuenta al sujeto de liberación: “El sujeto de la liberación es idealmente el que es en sí mismo la víctima mayor de la dominación, el que realmente carga con la cruz de la historia, porque esa cruz es el escarnio, no de quien la sufre, sino de quien la impone, y lleva en sí un proceso de muerte, que puede y debe dar paso a una vida distinta”. No se trata, pues, de separar el momento teórico del momento práctico, tampoco se trata de creer que es el intelectual por sí solo quien llegará a la liberación, sin tomar en cuenta el sujeto de la historia – pero no como un simple objeto de estudio, como sujeto con todo lo que ello implica-, y aquí Ellacuría señala otro de los peligros del trabajo intelectual que hasta hoy día se mantienen latente. Ellacuría hablará así de una filosofía de inspiración cristiana, una filosofía hecha para los pobres y oprimidos,

para acompañar sus procesos de liberación y de lucha, en América Latina, en esa turbulenta época de los años de 1980.

Más allá del planteamiento concreto que Ellacuría hace en su momento, sigo preguntándome qué diría en este momento y cuáles serían sus preocupaciones, políticas, teológicas, filosóficas. Lo que nos lanza es de nuevo la pregunta con la que inicia su reflexión: *qué función liberadora le corresponde a la filosofía, aquí y ahora*. Y la fuerza del aquí y ahora tiene el rostro de los migrantes, de los jóvenes de pandillas, de los indígenas que desde el Informe Sombra se vuel-

ven visibles, tiene el rostro de los jóvenes sin educación, vendiendo y comprando crack en una esquina, de las mujeres, de los ancianos, de los coyotes que pasan personas y droga, de los cárteles de droga disputándose pedazos de nuestro territorio. ¿Qué palabra de liberación tiene la filosofía? Uno de los profesores que siempre disfruto al leer, Jesús Martín Barbero, sostiene que ahora la función del intelectual es la de "sustituir el relato heroico y cambiarlo por el relato irónico, la de salir de los ámbitos exclusivos de la denuncia y pasar a ser un gestor de procesos". Esa es su respuesta. Pero la pregunta de Ignacio Ellacuría sigue ahí.